

Transfiguración, hoy conocido también como el Monasterio de santa Catalina. Sobre el año 800, los monjes del monasterio encontraron sus restos en una gruta de la montaña, momento a partir del cual el monasterio custodió sus reliquias y se convirtió en un importante centro de peregrinación”. En una edición tan pulcra de *La rosa de Alejandría* no podía faltar el índice de las voces comentadas con indicación de los versos en los que aparecen. Ciertamente, para la comprensión y disfrute de la obra de Vélez de Guevara es imprescindible la lectura de este libro.

PALOMO, María del Pilar. *Unamuno, ante el silencio de Dios*. Santander. Fundación Gerardo Diego. Cuaderno adrede 9. 2018, 104 pp.

Por *Julio Escribano Hernández*

Existe una fuerte cohesión en toda la obra de Unamuno, que parte de su propio “yo”, la “unanimitad” es “unamunidad”. En sus escritos el “yo” se despliega en originalidad, y las novelas se convierten en “nivolas”. Realmente su biografía son sus obras, donde se liga prosa y verso con gran presencia de lo vital, del ser humano de carne y hueso. Los símbolos, la existencia y la obra de Unamuno son un organismo palpitante de vida, en este estudio de la profesora doña Pilar Palomo, especialista en teatro clásico y maestra en muchas artes compartidas con su esposo, el escritor y filólogo Antonio Prieto.

Quienes han estudiado la obra de Unamuno han llegado a la conclusión de que fue sobre todo un poeta. La poesía como la forma más idónea para comunicar el pensamiento íntimo, el relato simbólico y para volcar su personalidad interpelando al Dios del silencio. Además, quiso pasar a la historia acompañado de versos en su nicho del cementerio salmantino: “Méteme, Padre Eterno, en tu pecho / misterioso hogar, / dormiré allí, pues vengo deshecho / del duro bregar”. El mismo lo había pedido: “pero al morir quisiera, ya que tengo alguna ambición, que dijese de mí ¡fue todo un poeta!” Durante el homenaje que recibió en Salamanca al cumplir los setenta años, el erudito de turno dijo a don Miguel: “Le vengo siguiendo siempre y estoy enterado de su obra. Me he enterado de una novedad. Que también ha hecho usted poesías”. “¿Cómo? –le replicó- lo que he hecho “también” es todo lo otro”.

Siente con sus personajes como poeta del infinito que pide respuestas divinas al Dios desconocido. En su último ensayo *La agonía del cristianismo* y en su definitiva novela *San Manuel Bueno, mártir* hallamos las ideas fundamentales de la cosmovisión unamuniana. La agonía es la lucha y Unamuno se adentra con el personaje del párroco de Valverde de Lucerna, que ha perdido la fe, pero dedica su exis-

tencia a que no la pierdan sus feligreses como varón matriarcal, que conduce al sueño de la eternidad.

El sentimiento trágico de la vida lo manifiesta en el gran poema, que reproduce completo y sin comentarios la catedrática doña Pilar por considerarlo “una de las más altas cimas de la poesía religiosa del siglo XX”. Se trata de la “Elegía a la muerte de un perro”. La palabra del alma es Dios para Unamuno, anti-católico, pero profundamente cristiano. En una carta del 16 de abril de 1915, primer año de la Gran Guerra, declara que es “impenitente hereje, pero cristiano”, cartujo neto y cartujo a la busca de una fe que se le escapa. Dios y el hombre sólo se encuentran en Cristo, fusión de lo humano y lo divino. El cristianismo lo reitera Unamuno en toda su obra y afirma: “la religión para nosotros los europeos del siglo XX, no puede menos que ser cristiana”.

En todo creyente descubre el misterio como duda, niebla frente al silencio de Dios, que acrecienta el hambre del espíritu. Hambre de inmortalidad, de divinidad e infinitud frente a la terrible posibilidad de la nada. Comenta la autora que quien muere ante la luz de la verdad, no es el ser humano sino el propio Dios en nosotros, porque a Dios se le conoce sin verlo. Existe la oposición razón-fe, el Dios de la conciencia personal y el Dios creado en el interior. Conocedora de Unamuno habla de su teatro y de su amor por la Biblia que siempre llevaba consigo. Usaba la traducción de Cipriano de Valera, hecha en Oxford en 1863 teniendo presente la de Casiodoro de la Reina, donde contempla “la faz de Jesucristo que ilumina el conocimiento de la gloria de Dios, y ese Dios es el que resplandeció en nuestros corazones”.

Al estilo de los místicos no es el ser humano quien busca a Dios, sino Dios quien busca a su criatura. No es el hombre contemplando a Dios como en un espejo, sino el hombre contemplado por Dios, y transformándolo, así, en un espejo vivo de Dios mismo. Sólo una nueva ceguera nos entrega a Dios, como a Saulo de Tarso. Quien alcanza plenamente la verdad suprema, queda absorbido por ella y deja de ser.

Unamuno se hace las preguntas angustiadas de Ex. 33, 20. ¿Dónde estás, mi Señor, acaso existes? “Quien a Dios ve, se muere” / dicen que has dicho tú, Dios de silencio;/ ¡que muramos de verte/ y luego haz de nosotros lo que quieras!”. Clama desde la miseria humana, ante la “puerta cerrada” del misterio. “Tú me abrirás la puerta cuando muera, / la puerta de la muerte,/ y entonces la verdad veré de lleno, /sabré si Tú eres/ o dormiré en la tumba”. Es el balanceo entre la incredulidad y la fe.

Presenta los textos bíblicos que son como las teselas de un artístico mosaico: El Cristo de Velázquez. Salmo 42, 2; Ex. 33, 20; Mc. 9, 25; Mc. 9, 24. El Cristo de Velázquez es la plástica representación de la fe de un pueblo que contempla la verdad sin venda. Contrapone la lechuza de Minerva como ciencia que no ve en lo claro, pero ve en lo oscuro donde no ven los demás, al águila de Patmos que mira

al sol, a la luz y a la verdad. Propone un diálogo entre el águila de Patmos y la lechuza de Minerva.

Analiza la niñez recuperada en Unamuno. Madre + fe + esperanza + paz. El “yo”, perdido en el tiempo sólo se puede recuperar en el “renacer”. Río que va hacia la fuente. Cocinar la vida al fuego de la propia espiritualidad, con autenticidad. Sólo la tierna niñez guarda aplomo y vuelve lo último a ser lo primero.

Doña Pilar Palomo nos ofrece una rigurosa investigación sobre la obra de don Miguel de Unamuno repleta de bellas y certeras citas: “Sácame, Señor de duda; / ¿guardarás al que te amó? / ¡Dios mío, ven en mi ayuda, / que me arrebatan mi yo”. La dialéctica que lo acompaña ante la Esfinge silenciosa y “El buitre de Prometeo”: “-¡Ay, ay, ay!, no tan recio- / ¡No tan recio, mi buitre! / Mira que así me arrancas la conciencia; / ¡aún dentro de tu oficio, ten clemencia!”. En otras citas recuerda al Segismundo de Calderón: “Nacer fue mi delito, / nacer a la conciencia / sentir en mí el mar de lo infinito / y amar a los humanos...; / ¡pensar es mi castigo!”. Doña Pilar presenta en Unamuno el fuerte dramatismo del Siglo de Oro, transcribiendo versos escritos en las vísperas de su muerte, aquel diciembre de 1936: “Morir soñando, sí, mas si se sueña / morir, la muerte es sueño; una ventana / hacia el vacío; no soñar; nirvana; / del tiempo al fin la eternidad se adueña”.

El estudio sobre El Cristo de Velázquez lo concluye doña Pilar con la cita de la “Oración final”, hermosa plegaria enraizada en la vida y la espiritualidad de don Miguel de Unamuno: “Hijo del Hombre, Humanidad completa, / en la increada luz que nunca muere, / ¡mis ojos fijos en tus ojos, Cristo, / mi mirada anegada en Ti, Señor!”